
NOTAS PARA UNA HISTORIA DE LA ARQUITECTURA Y DE LA VIDA SOCIAL COLONIAL EN HONDA

*Por Ramón Gutiérrez
Universidad Nacional del Nordeste
Resistencia, Argentina*

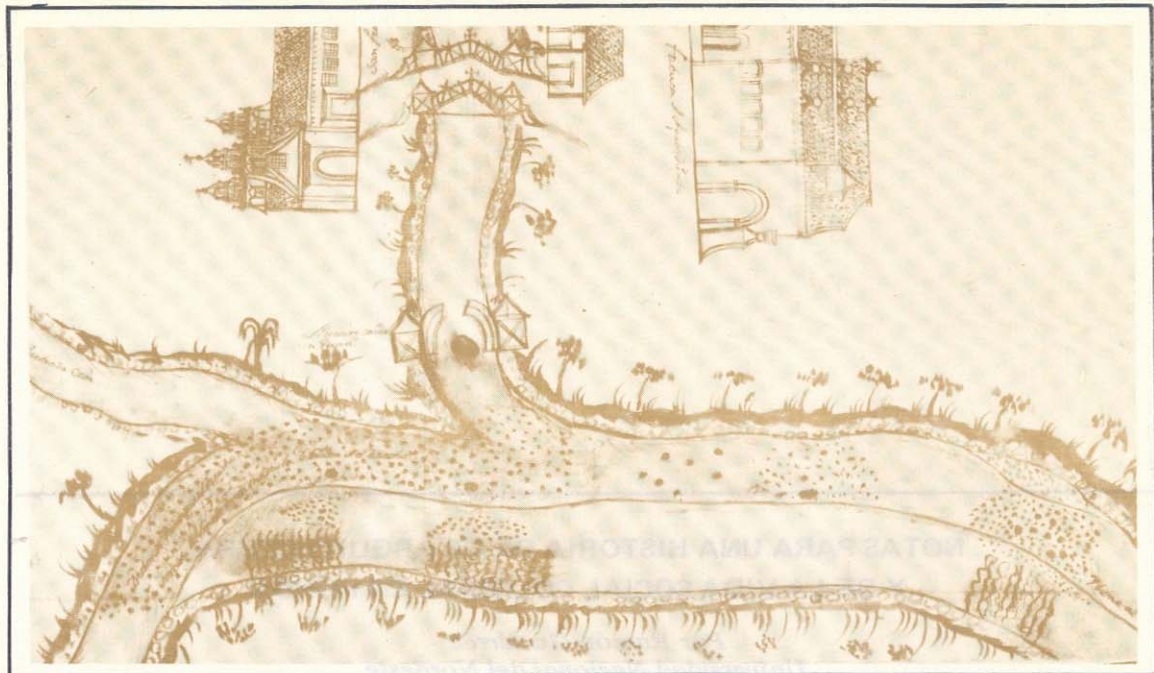
Esta breve comunicación tiene como objeto presentar alguna documentación gráfica e iconográfica sobre Honda en el período colonial, que nos permite aproximarnos a una adecuada valoración de sus expresiones arquitectónicas.

La vitalidad de Honda estuvo desde un comienzo vinculada a las calidades de su asentamiento en las márgenes del río Gualí y su proximidad a Bogotá que le permitió actuar históricamente de paraje de depósito de la capital respecto a la navegación del alto Magdalena. Ya a mediados del siglo XVII había alcanzado el rango de villa y consolidado una estructura urbana y arquitectónica de valor, caracterizada a la vez por sus calidades de integración con el paisaje y una topografía versátil que tiende a enriquecer los valores espaciales del conjunto con efectos de sorpresa y visuales cambiantes.

La importancia de su asentamiento ribereño en lo económico, privilegió a la vez la accesibilidad a la ciudad y los puentes que posibilitaban el ingreso. En tiempos del Virrey Eslava se realizó un primer puente que cayó a mediados del siglo XVIII y posteriormente se formó uno de madera, tratándose de hacer otro de materiales de piedra y ladrillo que encontró opiniones diversas en el vecindario, y que realizado no tardó también en destruirse hacia 1776. La durabilidad de la tecnología de la madera fue ratificada a través del tiempo, a la vez que posibilitaba un mantenimiento y reparación menos oneroso, por lo que no debe extrañarnos que en el siglo XIX los viajeros mencionen solamente puentes de madera.

El plano de 1776 que presentamos muestra el acceso a la Villa de Honda con el puente caído sobre el Gualí y el que quedaba utilizable entre la Iglesia de San Francisco y una Fábrica de Aguardientes⁽¹⁾.

(1) Archivo Nacional de Colombia. Colonia. Mejoras Materiales, 21. fojas 66.
Plano de acceso a la Villa de Honda, con el puente caído en Gualí y el utilizable entre San Francisco y la fábrica de aguardientes. 1776.
Agradecemos muy especialmente a Rodolfo Vallín que nos haya facilitado la obtención de la copia de este plano.



— Cuando Mollien arribó a Honda en 1823 decía “para entrar en la ciudad hay que pasar dos puentes. El último de ellos está sobre el Gualí, torrente impetuoso que desemboca en el Magdalena. Estos puentes que son de madera, están atrevidamente asentados sobre pedazos de rocas que les sirven de estribo y se derrumban con los temblores”⁽²⁾.

Quizás uno de los puentes de Honda, realizado en madera sobre estribos de cantería sea el que proyecta Ignacio Salas, célebre ingeniero militar español, autor de la traducción española de Vauban (1743) y que pasó a Colombia para trabajar en las fortificaciones de Cartagena. El plano que adjuntamos tiene evidencia de haber sido construido para el río Gualí⁽³⁾.

La “mala vecindad del volcán Tolima”, como diría un viajero del XIX, constituyó una permanente amenaza para Honda que sufrió reiterados terremotos el último de los cuales en junio de 1805 dejó la ciudad en escombros, y “poco menos que arruinada”.

José María Samper ratificaba que era “el gran puerto de escala del comercio interior de la República. Si en la época de la colonia fue la vida del comercio europeo respecto del Ecuador y del Perú, la independencia de Colombia, el tránsito por el istmo de Panamá y un espantoso terremoto que la redujo a escombros en junio de 1805, le hicieron perder su primitiva importancia comercial”. A mediados del siglo XIX no era “más que una plaza de tránsito que empieza a resucitar en medio de los escombros, gracias a la agricultura interior y a las grandes ventajas que le ofrece la navegación del Magdalena”⁽⁴⁾.

(2) **MOLLIE**, Gaspar Theodore. Viaje por la República de Colombia en 1823. Bogotá. 1944.

(3) **Archivo Nacional de Colombia**. Colonia. Real Hacienda, Cartas, 19. fs. 604.
Plano, perfil y elevación de un puente de madera sobre estribos de cantería para sostener la tierra y el puente. 1750.
Véase sobre Salas: **Gutiérrez, Ramón**. Notas para una bibliografía hispanoamericana de Arquitectura. (1526—1875). Resistencia. 1973.
Con referencia a los planos consultar: **Cortés, Vicenta**. Catálogo de Mapas de Colombia. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid. 1967.

(4) **SAMPER, José María**. De Honda a Cartagena. En: Viajeros colombianos por Colombia. Fondo Cultural Cafetero. Bogotá. 1977.

A pesar de la importancia del terremoto, testimoniada por varios autores, se produce en Honda en 1808, un hecho excepcional que señala el despegue existente entre la vocación reverencial de ciertos funcionarios y la dura realidad de la ciudad en escombros.

El acceso al trono de Fernando VII en la convulsionada España fue motivo suficiente para que la ciudad pareciera olvidar sus propias penurias y se lanzara alegremente a festejar tan magno acontecimiento, quizás esperando reconocimientos personales o institucionales que les permitieran superar su circunstancia.

La documentación que hemos localizado en Madrid comienza con una presentación del circunspecto vecino Don Josef Diago, quien en julio de 1809 escribe al Rey en la mejor retórica colonial:

“La feliz casualidad de hallarse el Cabildo de esta Villa de Honda sin la plaza de Regidor-Alferez Real ha ofrecido a mi corazón el mayor y único medio de aliviarle del doloroso peso que le oprimía desde que tuvimos la infausta nueva de la suerte que había preparado a V.M. la inaudita perfidia del mayor y mas astuto de los tiranos”.

“Sí, señor, aquella dichosa casualidad hizo que recayese en mí como Alcalde de segunda nominación, el ejercicio augusto de proclamar a la faz del mundo entero que no queríamos otro Monarca que a V.M. y que jurara sobre los Santos Evangelios derramar hasta la última gota de mi sangre en defensa de su Real persona...”.

“Dichoso fue para mí y para esta Villa el día 25 de diciembre de 1808 pues en él pudimos todos desahogar de algún modo por las plazas y calles el sagrado fuego de amor que encierran nuestros pechos, clamando y proclamando voces enérgicas: ¡Que viva sobre nosotros y nuestros hijos el deseado verdadero Padre de la Patria, el Señor Fernando Séptimo! Voces que hubiera querido yo, Señor, que hubiesen podido resonar en las cuatro partes del mundo para que supieran todas las naciones que si hubo en la Europa un hombre, mal dije, un monstruo, que se atreviese a ofender, la Augusta, la Sagrada, la inocente persona del mejor de los Soberanos, vulnerando sus privilegiados derechos, había también en las Américas españolas doce millones de habitantes, dispuestos a exhalar el último suspiro por... [roto] colocándole en su legítimo trono, castigando la perfidia del inicuo opresor”.

Narra también, nuestro moderado cronista, cómo los españoles americanos derramaban lágrimas al impulso de la lealtad y el dolor al contemplar a S.M. oprimida y que un océano inmenso nos impedía correr a reunirnos con nuestros hermanos, los de Europa...”.

Para reafirmar tanta fidelidad, en la ruinosa pero altiva Honda se realizó en 1808 la proclamación de Fernando VII cuya minuciosa relación realiza Francisco Gerónimo de Morales quien en conocimiento del oficio advierte a los prejuiciosos que “va a cumplir con este deber, protestando que no sea mi pluma la que degradándose con las falsas descripciones y con pinturas exageradas se prostituya a cometer la bajeza de referir hechos que no han pasado, fingir acciones que no han existido y representar grandezas soñadas que solo en el papel se han visto. Todo lo contrario la verdad y la sencillez serán el norte que la dirijan”.

La cosa comenzó con un Bando municipal que “prevenía la decencia de todas las casas y calles, adorno de ventanas y balcones, iluminaciones por tres noches y demás requisitos necesarios a su solemnidad”. Para organizarse mejor se efectuó una Junta en la casa de Josef Diago “quien a la una de ese día dio un banquete a doce pobres de solemnidad con comida abundante y bien servida por sujetos de primera distinción...”

En la Junta, el Sr. Corregidor Presidente pronunció un corto discurso “pero enérgico” y manifestando sus sentimientos juraron reconocer al Rey. Luego el Alguacil Mayor

y Alferez Real (Diago) con el pendón "salió al balcón donde estaba colocado el retrato del Soberano bajo un solio majestuoso con dos centinelas de honor y corrió el paño de seda que hasta aquel punto lo cubría".

Aquello fue la apoteosis hondeña, y "un grito universal de mas de 3.000 personas de ¡Viva el Sr. Don Fernando VII! fue el que resonó en toda la Villa, pero tan dulce y agradable, que no fue corto el número de toda clase de personas que su sensibilidad les hizo derramar muchas lágrimas mezcladas con una alegría que denotaba el excesivo gozo que respiraban sus almas con la felicidad que les ha cabido de ser vasallos de un Príncipe que tan tiernamente los ama".

La gesta militar no podía estar ausente y las descargas de un piquete de 20 hombres formados frente al balcón, la salva de los dos obuses que había en Honda, la Música del Batallón Auxiliar se unieron a los repiques de las campanas y los fuegos artificiales en "un conjunto tan ruidoso como placentero".

Posteriormente vino el Paseo a Caballo que "no pudo ser más lucido así por la decencia de los señores que le componían, los jaeces que engalanaban los caballos, pajes con sus respectivas libreas inmediatos a sus señores, inmenso pueblo formado en dos alas, que echó el resto con sus trajes y vestidos, como por lo bien adornado de la carrera en que se vieron emblemas ingeniosos alusivos a la festividad y un arco triunfal que cogía dos esquinas de las cuatro que miran a los ríos de Magdalena y Gualí".

Además de arcos triunfales la celebración contaba —y esto es sumamente interesante desde el punto de vista de este trabajo— con una serie de obras de arquitectura efímera que reflejan las pautas neoclasicistas en un pequeño pueblito colombiano.

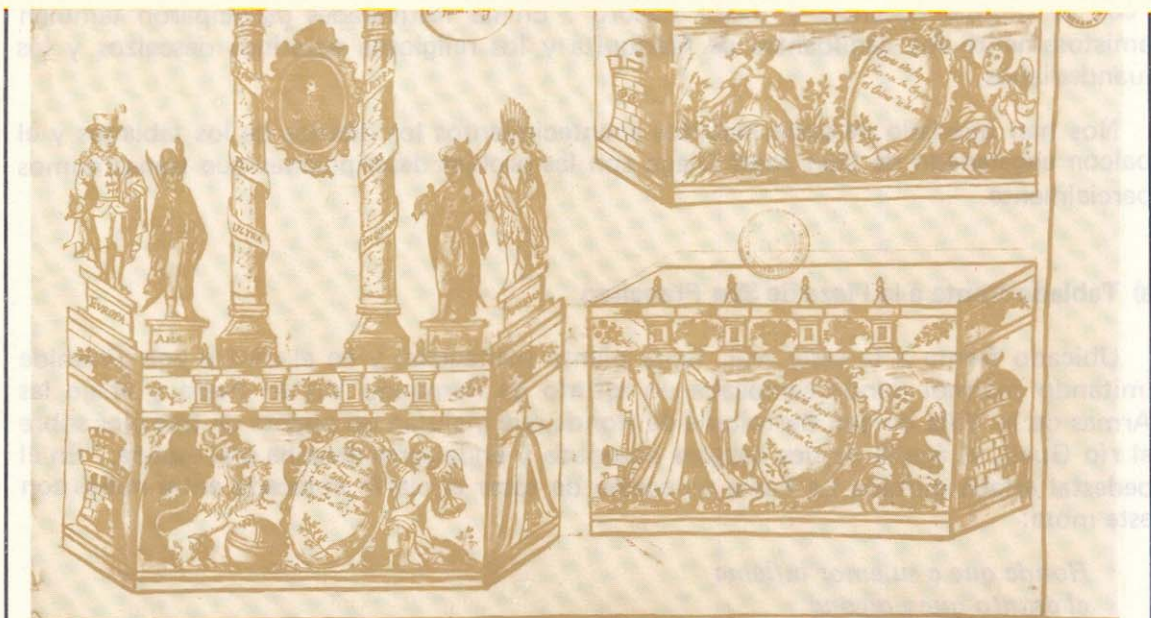
El primero de los tablados estaba colocado en la Plaza de San Francisco y una vez realizada la proclamación allí se "continuó por la Calle Real a pasar por el puente del Río Gualí, calle de la parroquial antigua y Plaza Mayor se repitió la ceremonia con salvas, de allí volvieron a la Casa del Alferez Real "donde se sirvió un costoso y magnífico refresco a más de 100 personas". No pudiendo con su genio Don Josef Diago "se asomó a aquel balcón y arrojó gran cantidad de plata al pueblo y algunos dulces secos. En todo este tiempo no cesaban los vítores y aclamaciones por Fernando VII interrumpidos una y otra vez con las amenazas de ¡Muera el tirano Napoleón!".

La llegada de la noche no amainó el fervor patriótico y a pesar de las carencias edilicias hubo iluminación general de todos los edificios y el cronista advierte que "el lujo, es menester decirlo, tuvo su lugar en el exceso de luces que se pusieron en puertas, ventanas, tablados y balcones, particularmente [qué duda cabe] en el del Sr. Alferez Real donde ardían 120 velas de cera." "La música aumentaba el placer del pueblo quien no se veía satisfecho de ver y admirar la imagen de su Soberano que bendecían llenos de regocijos sin igual".

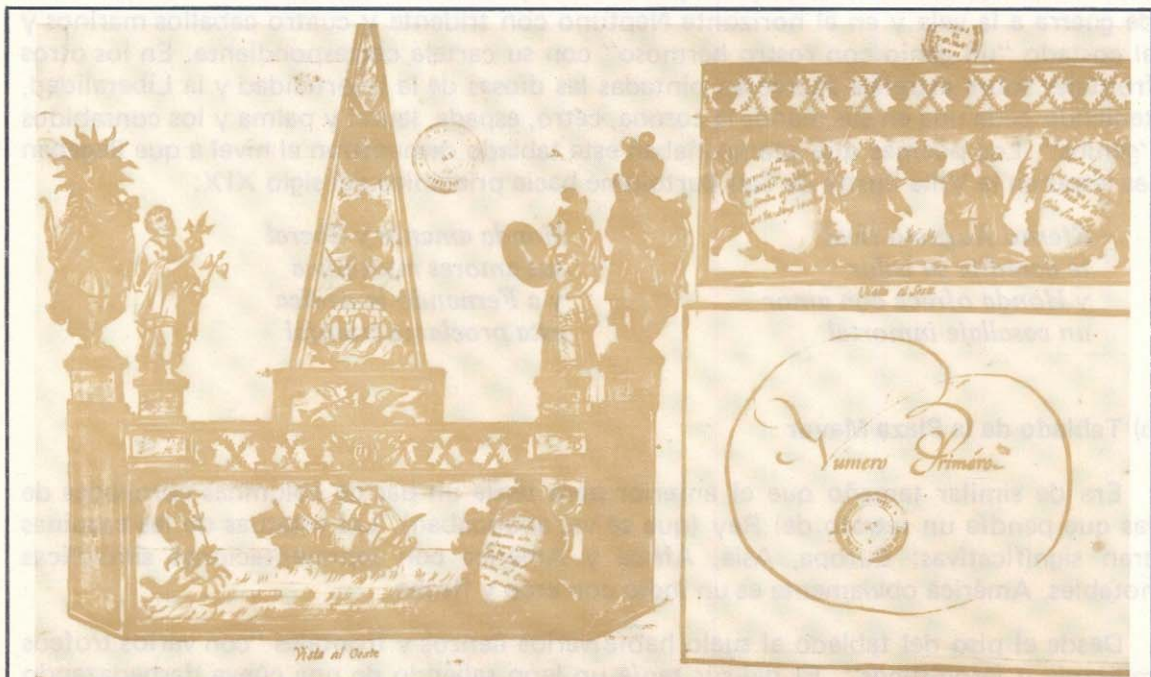
No paró la cosa allí, el 26 de diciembre continuó la festividad en la iglesia con gran asistencia y al medio día un banquete de 50 personas "según lo permitió el país" y se vio "hermanada la delicadeza y abundancia de todo género de frutos y dulces".

"Por la tarde se jugaron unos toros a cuerda y a la noche se dió un famoso baile de señoras principales del lugar, quienes procuraron asistir con lo más precioso y rico que tenían. Se les sirvió un refresco de todas aguas y dulces" y el cronista nos aclara que hubo "decoro, mucha unión y el sarao se concluyó a las dos de la madrugada" en medio de las continuadas luminarias que agotaron las existencias de cera de Honda y el conjunto de músicos y romeros sueltos⁽⁵⁾.

(5) Archivo Histórico Nacional, Madrid, Sección Estado. Legajo 54, No. 122. Relación de la Augusta Proclamación del Señor Don Fernando Séptimo Rey de España e Indias ejecutada en esta Villa de San Bartolomé de Honda el 25 de diciembre de 1808. Relación del 11 de marzo de 1809. Planos corresponden a la Signatura 315, 316 y 317 del catálogo. Cfr. TELLO, Pilar León. Mapas, planos y dibujos de la Sección de Estado del Archivo Histórico Nacional. Madrid. 1969.



Vista del Tablado que se puso en la Plaza Mayor. (2)



Vista del Tablado destinado en la Plaza de San Francisco. (2)

Las Actas Capitulares de la Villa de Honda indicaban la decisión del Ayuntamiento del 10 de noviembre de 1808 de realizar para estas fiestas "tablados" que se adornarían "con la posible decencia y mejor decoro". En las festividades participaron también amistosamente los cabildantes de Mariquita y los religiosos agustinos descalzos y los juandedianos.

Nos han quedado de estos insólitos acontecimientos los dibujos de los tablados y el balcón engalanado de Don Josef Diago con las prolijas descripciones que transcribimos parcialmente.

a) Tablado frente a la Plaza de San Francisco

Ubicado frente a la calle real, tenía planta pentagonal y en el centro una pirámide imitando mármol donde campeaba un retrato de Fernando VII en óvalo y abajo las Armas de la Villa de San Bartolomé de Honda que incluían un puente de tres ojos sobre el río Gualí, el águila de dos cabezas coronada y en la garra derecha una espada. "En el pedestal estaba pintada La Fama en acción de tocar el clarín colocada entre nubes con este mote:

*Honda que a su amor inflama
el asunto que pregona
de Fernando la Corona
y su Reynado proclama.*

En las esquinas del tablado estaban Júpiter y Marte, además de Apolo coronado del sol y Orfeo tocando la lira con versos de la misma calidad literaria del anterior... "Unas jarras o ramos de flores imitando el jaspe de colores formaban las barandillas de dicho tablado y de jarra a jarra pendía un ondeado de bien imitados rayos de laurel y flores".

El tablado se hallaba alfombrado y hasta el suelo lo cubrían unos frontales pintados con elementos simbólicos. El principal al frente, tenía un "mar océano" con un navío de guerra a la vela y en el horizonte Neptuno con tridente y cuatro caballos marinos y al costado "un genio con rostro hermoso" con su cartela correspondiente. En los otros frontales sobre estrellas aparecían pintadas las diosas de la Inmortalidad y la Liberalidad, teniendo cada una en sus manos la corona, cetro, espada, laurel y palma y los consabidos "genios". Los poemas que acompañaban este tablado demuestran el nivel a que llegaban las letras en la Villa ilustre de San Bartolomé hacia principios del siglo XIX:

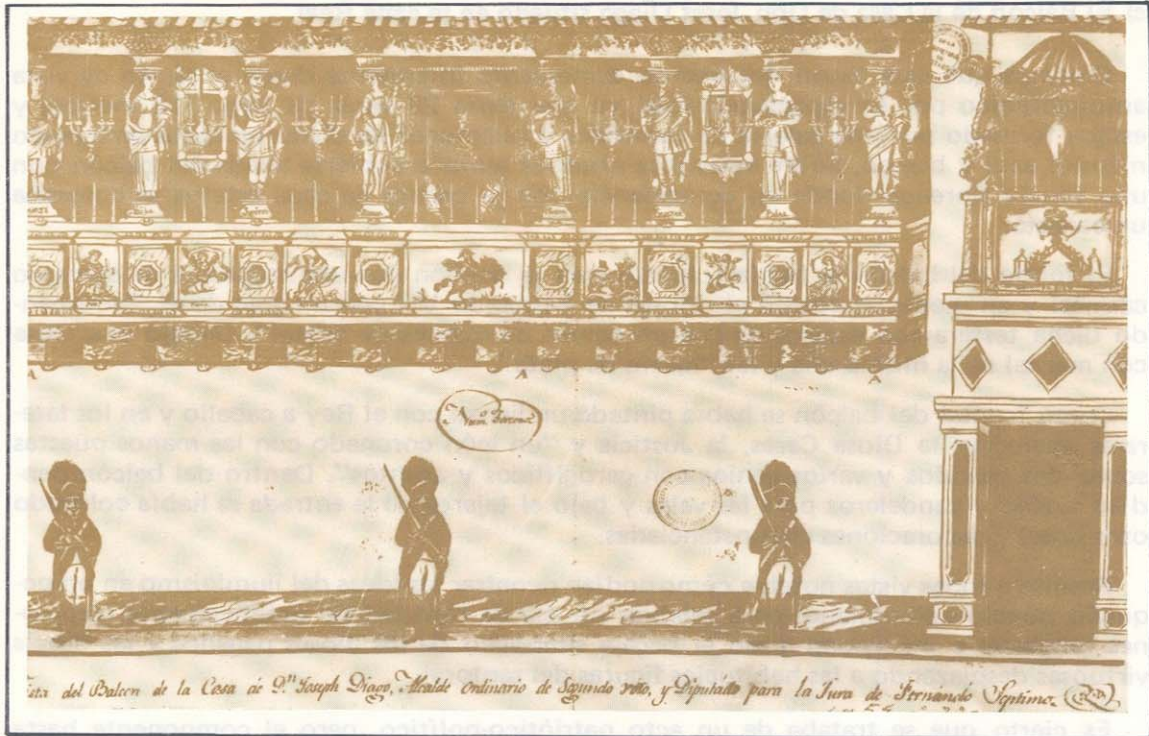
*Eterno Augusto rival
te acredita su valor
y Honda ofrece con amor
un vasallaje inmortal*

*Honda amante y liberal
sus amores multiplica
y a Fernando le dedica
esta proclama triunfal*

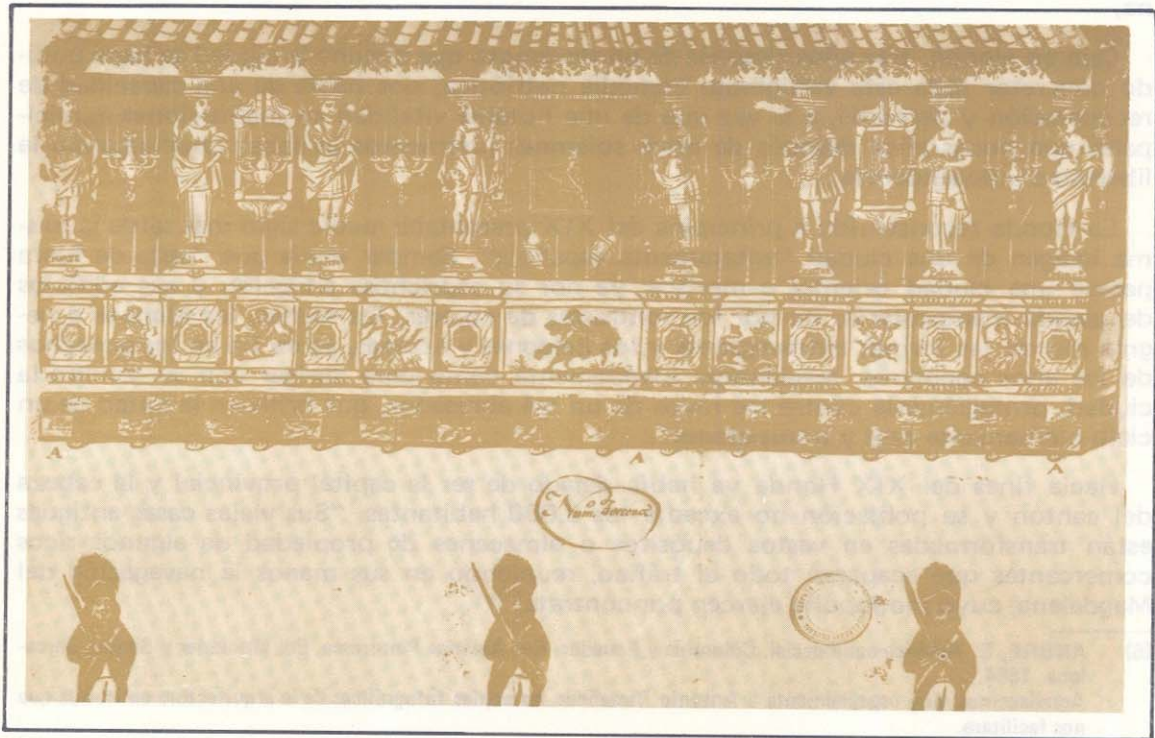
b) Tablado de la Plaza Mayor

Era de similar tamaño que el anterior pero tenía un par de columnas coronadas de las que pendía un retrato del Rey (que se ve, abundaban). Las estatuas de las esquinas eran significativas: Europa, Asia, Africa y América con representaciones simbólicas notables. América obviamente es un indio con arco y flecha.

Desde el piso del tablado al suelo había varios lienzos y frontales "con varios trofeos militares y jeroglíficos". El del sur tenía un león saliendo de una cueva despedazando un gallo, otro tenía a la Diosa Ceres con sus mieses y vaso de la abundancia además de la maceta con un clavel y "enjambres de corazoncitos con alas". Los poemas no avanzan mucho más allá de lo ya adelantado.



Este individuo de "su Magestad Católica" parece sustituirse en esta nueva sensibilidad de seros, luminarias, poemas, jeroglíficos, géneros y dulces secos. La propia arquitectura efímera secularizada parece trasladarse al plano de la escritura, que es volado y a la vez sólido, nos presenta en un ejemplo sin otras referencias en otra América.



c) El Balcón de la Casa de Don Josef Diago situado en la calle Real

Creemos que este es un documento sumamente interesante desde el punto de vista arquitectónico por su espectacularidad ya que tenía 22 varas de largo (18 metros) y estaba formado por una galería de cariátides y telamones de dioses pintados semejando mármol azul y blanco. Sobre estas diez estatuas tenía la cubierta tejada del balcón con una cenefa floreada donde en coincidencia con la cabeza de cada estatua se colocaba un canasto.

El fondo del balcón se había cubierto para la ocasión con una colgadura de damasco carmesí y en medio se colocó el retrato de Fernando VII con un gran dosel, "adornando dicha testera con espejos de cuerpo entero de marcos de cristal". Debajo una mesa con mantel de la misma tela y las "mazas de plata".

Como frontal del balcón se había pintado un lienzo con el Rey a caballo y en los laterales aparecían la Diosa Ceres, la Justicia y "un león coronado con las manos puestas sobre dos mundos y varios genios con geroglíficos y asuntos". Dentro del balcón pendían arañas y candeleros para las velas y bajo el tejeroz de la entrada se había colocado otro dosel y decoraciones circunstanciadas.

Resulta a todas vistas notable cómo podían penetrar las ideas del iluminismo en un pequeño pueblo colombiano, para celebrar un día de Navidad sin prácticamente menciones religiosas e incorporar todo el bagaje simbólico de los dioses paganos y las diosas virtuosas desplazando a las habituales figuras del santoral.

Es cierto que se trataba de un acto patriótico-político, pero el componente hasta ayer indivisible de "Su Majestad Católica" parece suplantarse en esta nueva sensibilidad de saraos, luminarias, poemas, jeroglíficos, genios y dulces secos.

La propia arquitectura efímera secularizada parece trasladarse al plano de la arquitectura permanente donde un balcón insólito, que es volado y a la vez abierto, nos presenta las estatutas como soportes en un ejemplo sin claras referencias en otra obra americana.

Que en Honda, tres años después de un terremoto que arruina la ciudad se haya podido concretar toda esta vertiginosa comedia patriótica, nos habla de una capacidad de recuperación y derroche, a la vez que de una notable vitalidad en instituciones municipales que pocos años después de estos solemnes juramentos andaban proclamando la libertad e independencia...

La Honda reconstruída a principios del XIX presentaba medio siglo más tarde la misma imagen de una ciudad "enteramente española". Samper decía que "vista de fuera parece una ciudad oriental o morisca, ya por su caprichosa situación y sus edificios de pesada mampostería, ya por los contrastes de colores, los techos, los blancos o negros muros, las formas extravagantes y los balcones y azoteas, ya en fin en los penachos de los altos cocoteros, meciéndose blandamente como para abrigar con su sombra la ciudad, protegiéndola contra los rayos de un sol abrasador, que brilla en la mitad de un cielo eternamente azul y transparente".

Hacia fines del XIX Honda ya había dejado de ser la capital provincial y la cabeza del cantón y su población no excedía los 3.000 habitantes. "Sus viejas casas antiguas están transformadas en vastos depósitos o almacenes de propiedad de algunos ricos comercantes que acaparan todo el tráfico, reuniendo en sus manos la navegación del Magdalena, cuyo monopolio ejercen por contrata"⁽⁶⁾.

(6) ANDRE, E. América equinoccial. Colombia y Ecuador. En: América Pintoresca. Ed. Montaner y Simón. Barcelona. 1884.
Agradecemos muy especialmente a Antonio Castañeda las copias fotográficas de la arquitectura en Honda que nos facilitara.

Este deterioro urbano no le ha impedido a Honda mantener un interesante patrimonio arquitectónico de una arquitectura popular de macizos muros encalados a la usanza andaluza, calles empedradas, balcones y galerías de madera que controlan como atalayas las serpenteantes y empinadas calles.

El clásico sistema de tejares y pesados techos de teja unifica un paisaje urbano de una ciudad cuya decadencia económica le permitió sin embargo mantener ciertas calidades de vida en el diálogo con su entorno ambiental.

Ya lejos del vanguardismo promocional del Alférez Real Diago y del panteón olímpico griego, Honda espera un reconocimiento histórico y cultural al que tiene derecho por propia gravitación.



